

“MATACURAS”

Los copos de nieve caían como algodón, el parabrisas renqueaba para ejercer su labor y el vaho aparecía y desaparecía al ritmo de la respiración del conductor.

Los dos primeros se acrecentaban conforme subía el puerto, el tercero paró al tomar la curva de la primera eme, gracias a una aspiración profunda dejó el cristal casi nítido.

Metió primera en la vieja furgoneta dos caballos, tras un parón apenas perceptible en el tiempo, la furgoneta dio un tirón y avanzó con nuevos bríos, la exhalación de complacencia volvió a empañar el cristal.

Tomó la última curva de la segunda eme, al empezar la pronunciada recta que termina en la cima del puerto, vio a lo lejos una figura entre los copos haciendo eses.

Poco a poco se fue acercando. Un hombre alto, a horcajadas sobre una Guzzi Falcone de 1950, se ayudaba con las piernas para avanzar, la sotana arremangada hasta los muslos no ayudaba mucho. Chaqueta de lana, bufanda atada entre el mentón y la cabeza hacía las veces de casco, junto a la boina calada.

Lo adelantó tocando el claxon y saludó con la mano.

Al finalizar las últimas curvas del descenso del puerto, antes de cruzar el puente de la rambla y donde la carretera llaneaba, las comisuras de los labios dibujaron una sonrisa. Poco antes de llegar al cruce, abrió el cristal de la ventanilla y empezó a tocar el claxon, piiiiiiiiiii, piiiiiiiiiiiiiiiiiii, piiiiiiiiiii.

Entró al pueblo asomando la cabeza por la ventanilla, gritando.

- ¡Don Domingoooo! ¡Don Domigoooo! ¡Qué se ha despeñado en las emes!

Frenó la furgoneta cuando empezó a ver a la gente que se acercaba.

- ¡Qué se ha despeñado Don Domingo!
- ¿Pero qué dices?
- ¡Qué he visto a Don Domingo y la moto despeñaos en las emes!
- Pues nada, habrá que organizarse. Voy a ponerme las polainas y voy a por unos lazos.
- Tú, ¿nos llevas con la furgoneta?
- Voy a por una pala, nos puede hacer falta.

En poco tiempo se organizó un grupo y salieron en dirección a la entrada del pueblo.

Al final de la recta que lleva al pueblo, vieron una figura encima de una moto. Al acercarse al grupo frenó ayudado de los pies.

- ¿Pero qué pasa?

Dijo el cura al ver la comitiva de bienvenida.

La voz se había corrido por todo el pueblo y cada vez llegaban más hombres, mujeres y niños al cruce.

- Pero. ¿Está usted bien?
- Hombre, un poco congelado, pero bien.

El conductor de la furgoneta empezó a reírse a carcajadas.

Era 28 de diciembre de 1958.

Desde ese día, todo el mundo lo llamó “Matacuras”, incluso el cura.

Llegaron los setenta y Matacuras emigró a Valencia, como tantos otros.

Los setenta pasaron, cada vez el pueblo se quedaba más vacío, Don Domingo se fue con destino a otra parroquia.

Murió el dictador, llegó la democracia, Naranjito y el mundial. Y del pueblo cada vez se iba más gente a buscarse la vida en las ciudades.

Con el paso de los años, quedaba menos gente joven en el pueblo y cada verano, la mayoría de los que emigraron; con sus hijos, volvían.

Era agosto de los primeros noventa. Habían pasado 35 años y siete curas.

Yo estaba de vacaciones en la casa materna, despachando en el estanco y entró un hombre alto. Preguntó por mi madre, por mis estudios...

Al poco rato, entro otro hombre alto, aproximadamente de la misma edad que el primero.

- ¡Hombre, Don Domingo! ¡Cuántos años!

¿Cómo está?

- Pues ya ves. Vivito y coleando.
- Era Matacuras, estaba veraneando en el pueblo y venía a comprar tabaco.